

CONFERENCIA CUARTA.

EL PROGRESO POR LA MORTIFICACION CRISTIANA.

EMINENTÍSIMO SEÑOR,

La primera reaccion progresiva que el cristianismo verifica contra la concupiscencia, obstáculo al Progreso, es la reaccion de la humildad contra el orgullo. El Progreso por el cristianismo se apoya sobre esta contradiccion aparente : abajarse para elevarse, disminuirse para agrandarse. El hombre se elevó con Satanas y cayó; el hombre desciende con Dios y se levanta otra vez : la imitacion insensata de la grandeza de Dios le perdió; la imitacion del abatimiento de Dios le restaura. En esto consiste la cuestion del Progreso en su raíz primera : progreso babilónico que edifica con Satanas sobre el orgullo; progreso cristiano que edifica con Jesucristo sobre la humildad, la verdadera ciudad de Dios sobre la tierra.

Ahora bien, de estos dos progresos solo el segundo es verdadero. La humildad produce el engrandecimiento del hombre y de la sociedad : ella da al hombre la elevacion en su persona y el poder en sus obras : ella da á la sociedad el secreto de la armonía social, porque la humildad es por su esencia misma la sumision y la obediencia : ella es en fin una dependencia ante la autoridad, principio conservador de todo órden y de todo progreso social.

Vosotros, Señores, no podiais oír sobre la cuestion del Progreso que á todos nos preocupa, doctrinas mas radicalmente cristianas; y me regocijo en la presencia y en el corazon de Jesucristo de que tales doctrinas hayan recibido de vuestras inteligencias y de vuestros corazones un asentimiento, cuyo testimonio no ha podido escapárseme

del todo. Yo no puedo desesperar de vosotros cuando os veo tan atentos y simpáticos á la doctrina que produce todos los bienes y libra de todos los males.

Pero la bandera del orgullo no es la sola que conduce las sociedades sobre la pendiente de la decadencia : con la bandera del orgullo va la del sensualismo, y en pos de ella los placeres, los deleites, los desórdenes y las orgías de la carne, torrente impuro que arrastra al abismo la humanidad que va rodando dentro de sus olas. Contra esta otra corriente es necesaria otra reaccion, la reaccion de *la austeridad cristiana*. Sobre este punto se descubre por sí misma ordinariamente la impotencia de los reformadores humanos. Todos están atacados de un mismo vicio, el que deja frustrados inevitablemente todas sus tentativas, porque no se atreven á tocar esta fuerza retrógrada, tan profunda, tan delicada, y que tanto poder tiene en la humanidad. Delante de la concupiscencia de la carne los unos están inciertos, los otros son tímidos, y todos son cobardes : nadie se atreve á atacarla.

El cristianismo se atreve, y este es su arrojado milagroso y su divina audacia; él se atreve á oponer resueltamente á la concupiscencia de la carne la ley de la austeridad. Tanto aquí como en el misterio de la humillacion resplandece la divinidad de su sabiduría y la verdad de su progreso. El sensualismo, hemos dicho, arrastra la humanidad de arriba abajo : el cristianismo, venido para restablecer la ley del Progreso, debia resistir contra esta tendencia y llevársela de abajo arriba. Para que pudiese haber un engrandecimiento del hombre superior, era necesaria una disminucion del hombre inferior. El progreso humano por la disminucion del hombre carnal, tal es la ley del cristianismo, cuyo misterio debemos hoy penetrar. Por una contradiccion aparente que es tambien aquí el fondo de la armonía cristiana, se pone la mortificacion como un principio de vida. Decíamos el domingo último : Abajarse para elevarse, disminuirse para agrandarse; hoy decimos : Mortificarse, es decir hacerse morir para vivir. En el verdadero cristianismo el hombre se hace morir literalmente; él se mortifica, pero para vivir mas, porque hace vivir en sí mismo el hombre espiritual con toda la muerte que da al hombre carnal, es decir que hace morir en sí mismo el hombre de la decadencia para hacer vivir en sí mismo el hombre del Progreso.

Tal es la segunda palabra de nuestro misterio : *Ecce mysterium vobis dico*. Aquí tambien el progreso cristiano se apoya sobre una contradiccion : mortificarse para vivir; pero por medio de estas contradicciones pone el cristianismo la armonía en todas partes. Y por lo que respecta á este asunto, lo que predicaba el cristianismo al principio, lo predicamos tambien nosotros en nuestros dias : esta es la predicacion de Jesucristo crucificado : esta es la palabra de la cruz que salva á todos aquellos que creen en él. Esta es la predicacion del Progreso verdadero. Lo que ha hecho el progreso del mundo diez y ocho siglos hace, ha sido el triunfo de la mortificacion cristiana sobre el sensualismo pagano; y lo que debe darle un nuevo impulso en el siglo décimonono es un triunfo igual sobre un nuevo paganismo. Esto es todo el objeto del presente discurso.

I.

Y ante todo, Señores, es preciso entender bien cómo la mortificacion cristiana fué una reaccion progresiva contra el sensualismo pagano.

Salvo raras excepciones que podrian llamarse monstruosas y de las que no debemos ocuparnos, todos los hombres que han discurrido sobre este punto están de acuerdo hoy dia en que, cuando el cristianismo tomó posesion del mundo, era necesaria una reaccion contra el sensualismo pagano. La preponderancia de los sentidos sobre el espíritu era universal, permanente, incontestable. El cuerpo reinaba como soberano : su imperio era una tiranía contra la cual ni siquiera se pensaba protestar; y aquel sensualismo, penetrando la civilizacion pagana en todas sus profundidades, habia producido, aun en medio de la sociedad mas culta, mas erudita y mas literata, unas costumbres que yo no puedo caracterizar de otro modo que aplicándoles como su propio nombre esta palabra de la Escritura, *abominables* : *Abominabiles facti sunt in studiis suis* ¹. Aun aquellos que se llamaban sabios, no se libaban de esta corriente universal que conducia al oprobio los mas

¹ Ps. xiii, v. 2.

grandes pueblos de la tierra; y su filosofía no era bastante para preservarlos de aquellas pasiones de ignominia que ni siquiera puedo nombrar. San Pablo pudo decir las con palabras que los cristianos salidos recientemente de las impurezas del paganismo podían oír todavía como evocaciones de sus propios recuerdos; pero nuestras costumbres trasfiguradas en la luz de los siglos cristianos no nos autorizan de ninguna manera para pronunciarlas delante de vosotros.

Aquellas costumbres están descritas por autores paganos, testigos y cooperadores de semejantes desórdenes sensuales, quienes ni siquiera pensaban al describirlas que deshonraban el paganismo delante de la posteridad. Ellos contaron aquellas abominaciones en un idioma mas atrevido que el nuestro para decir las afrentas del hombre. Ninguna intención tengo de rehacer aquí esas pinturas de las costumbres paganas trazadas por manos hábiles, á mas de que son inútiles los tales cuadros para completar vuestras convicciones. Vosotros todos admitis esta caída profunda del género humano en el oprobio de los sentidos cuando se presentó el cristianismo para purificarle. Sí, todos, y hasta aquellos que otorgan lo ménos posible á la trasformación moral verificada por el cristianismo, están de acuerdo en que el sensualismo pagano se desbordaba, y que contra aquel diluvio que sumergía el mundo se había hecho necesaria una vasta y profunda reacción.

Sí, la reacción contra el sensualismo era el único medio de salud para aquel mundo viejo, que semejante á un hombre muerto en la orgía se estaba muriendo por efecto de sus desórdenes. Pero aquella reacción era preciso hacerla; era preciso tener la idea de hacerla, tener valor, tener fuerza para hacerla. El cristianismo tuvo esta idea, este valor, esta fuerza; él tuvo todo esto sin sistema concebido con anticipación, sin programa trazado de antemano; estas tres cosas que se ocultaban al mundo entero, él las tuvo, si puedo decirlo así, por naturaleza y por instinto; y cuando uno quiere reflexionar un poco, esta es una magnífica demostración de su divinidad. El cristianismo se presentó tal cual era, y se halló que él era por sí mismo la reacción eficaz contra el sensualismo pagano.

Pero ¿por qué proceder, por qué misteriosas influencias se verificó esta reacción? Dejemos también aquí los detalles, y si así puedo decirlo, las superficies. Vamos á buscar en lo mas profundo del paga-

nismo la idea-madre que engendraba todas sus degradaciones; y pasemos despues á buscar en el fondo del cristianismo la idea generadora de las reparaciones, cuya energía lleva él oculta en su seno.

¿Cuál pensais que era la idea-madre del paganismo, y cuál su principio, su término y su centro? Todo puede resumirse en este pensamiento tomado en el corazón del paganismo: el paganismo había colocado la divinidad en su placer, y la había adorado. Haga el hombre lo que quiera, él está destinado á la adoración; si él no busca á la divinidad, la divinidad le persigue; si él no adora al Dios del cielo, adora las divinidades de la tierra; pero es preciso que de grado ó por fuerza él adore. Ni aun sus esfuerzos de ateísmo le libran de la necesidad de la adoración que reside en el fondo de su naturaleza esencialmente adoradora y siempre prosternada, aunque no fuere mas que delante de un simulacro ó de una sombra de Dios. Esta necesidad de adorar que en el hombre no es otra cosa que su natural aspiración de lo infinito, el paganismo la desviaba y la hacía caer sobre lo que está mas distante de Dios. Él dirigía á los sentidos las adoraciones del hombre: su carne se había hecho divina, su placer adorable, y él los adoraba. En una palabra, la adoración del hombre había caído en su carne; el placer se había hecho literalmente Dios.

Tal era la idea pagana que condensaba enteramente en sí misma todo el paganismo. En vista de ello, el medio de reacción contra el sensualismo pagano se hallaba indicado por el exceso mismo de sus aberraciones, y el remedio salía de lo mas profundo de su mal. El paganismo hacía adorar el placer; el medio de reacción mas eficaz era traer sus adoraciones al punto mas opuesto á aquel en que él las había colocado, y para curarle no se necesitaba mas que hacerle adorar el dolor. El mundo pagano estaba apegado al placer por su invencible necesidad de adorar, es decir, por las mas profundas raíces de la naturaleza humana; bastaba pues trasportar hasta el sufrimiento esta necesidad de adorar, y hacer del sufrimiento tan aborrecido y execrado, no una divinidad facticia como todos los dioses que adoraba el mundo antiguo, sino una divinidad real como el Dios que iba á adorar el mundo nuevo. El pagano adoraba en sí y en derredor de sí hasta las mas groseras emociones de su carne; él se prosternaba, no solo apasionado sino como adorador, delante de una carne viva, movida

por el soplo de los placeres y estremecida por todos los deleites que se habian hecho santos y sagrados. ¿Qué remedio mas eficaz podia hallar Dios para curarnos sino haciendo adorar su propia carne, pero su carne herida de todos los golpes y penetrada de todos los agujones del dolor, su carne azotada, magullada, ensangrentada, y haciendo adorar con ella el sufrimiento, el sufrimiento que se habia hecho sagrado, el sufrimiento que se habia hecho adorable, el sufrimiento que se habia hecho Dios? Mirad si podeis concebir un plan mas directamente reaccionario y mas eficazmente reparador; pero no lo lograréis, puesto que es indudable que este pensamiento es obra de la divina sabiduría. Ahí está el Verbo encarnado, ahí está la sabiduría de Dios hecha hombre, y el resultado no puede ser dudoso.

En efecto, llegando á realizarse este plan de reparacion, hé aquí lo que debia suceder. Por la fuerza de las cosas una adoracion sucederia á una adoracion, un culto á un culto; una religion á una religion; y desde entónces un mundo podria suceder á un mundo, porque el movimiento del mundo sigue invenciblemente sus adoraciones, pues sube si ellas suben, y baja si ellas bajan. Yendo la adoracion humana de un extremo al otro, podia verificarse un cambio radical en las costumbres: esta carne desgarrada, este cuerpo flagelado, emblema y realidal del sufrimiento adorado, podia ejercer un imperio eficaz sobre el corazon de las nuevas generaciones. De este modo podia detenerse la decadencia moral atacada en su raíz, y podia marchar el Progreso. Cuanto ántes debia haber en la humanidad un gran duelo entre el placer y el dolor disputándose las adoraciones del hombre, pero debia vencer el sufrimiento; porque si Dios estaba con él, si él lo habia tomado en sí mismo, si el lo habia hecho otro él, su triunfo estaba asegurado: él debia por la divina atraccion de sus sufrimientos arrancar las generaciones paganas de aquellos altares inmundos á los que se precipitaban para adorar el placer. Y una vez dado este movimiento, una vez cambiadas las adoraciones humanas, debia comenzar la revolucion moral, y empujar en los siglos la humanidad purificada á un perfeccionamiento que no tendria otro término que la pureza misma de aquella carne adorada.

Lo que acabo de mostraros, Señores, como un plan de restauracion eficaz y progresiva, lo que acabo de deciros como una simple suposi-

cion, fué la milagrosa invencion del cristianismo; invencion verdaderamente divina que el hombre solo ni siquiera habria imaginado. Y su invencion fué su empresa, y su empresa fué su feliz suceso, y su feliz suceso fué la restauracion del mundo. El cristianismo, firme en medio de los siglos, ha tomado en sus dos manos la carne magullada de su Dios crucificado; y elevándola bastante alto para que la humanidad pudiese verla de todas partes, ha dicho: Naciones, adoradla; y las naciones la han adorado.

¡Cosa admirable! el cristianismo que venia para destruir en el mundo el imperio de la carne, se halló no ser en su sustancia misma otra cosa que la adoracion de una carne, pero de una carne destrozada y humillada por su contacto con todos los sufrimientos. Delante del pesebre, delante del Calvario, delante del altar es la adoracion de la carne: en Belen, adoracion de una carne que nace en el dolor; en el Calvario, adoracion de una carne inmolada en el dolor; en el altar, adoracion de una carne cada dia naciente y cada dia inmolada. Esta carne unida á la personalidad divina, héosla golpeada, acardenalada, inmolada de todas maneras: y esta carne es á la vez la redencion, el modelo y el Dios de la humanidad: ella es la redencion del hombre caido en la esclavitud de Satanás; ella es el modelo del hombre llamado á reconquistar la libertad de los hijos de Dios con solo imitarla; y ella es el Dios del hombre llamado á vencer en sí mismo la adoracion del placer que fué su decadencia, mediante la adoracion del dolor que será su progreso.

Hé aquí, Señores, el cristianismo: este es, si quereis, su lado austero y su faz lúgubre, pero es él: la religion de la crucifixion, de la flagelacion y de la corona de espinas; la religion del dolor, en la que la adoracion del sufrimiento ha sucedido á la adoracion del placer, y la carne voluptuosa adorada en dioses facticios es reemplazada por una carne que sufre, adorada en un Dios real. Sin duda resucitará este Dios-Hombre acardenalado, flagelado, crucificado, y detras de su Gólgota mostrará aberturas luminosas que dejarán ver radiantes las cimas del Tabor; pero lo que quedará como modelo de esta vida de prueba, en la que cada discípulo del Cristo busca su Calvario siguiendo las pisadas del crucificado, ¡ah! será esta carne divina, inmolada, azotada, ensangrentada; en una palabra, el Hombre-Dios crucificado,

proponiéndose al universo no solo como el verdadero Dios á quien se debe adorar, sino tambien como el verdadero modelo que todos deben imitar.

Ahora bien, quedando admitido que el cristianismo, tal cual acabo de resumir delante de vosotros, ha prevalecido en el mundo, y que esta adoracion del sufrimiento personificado en Jesucristo ha sido aceptada como el dogma y la práctica del verdadero cristianismo, es imposible que vosotros no comprendais el golpe profundo que recibió en el corazon la humanidad cristiana, y lo que ha resultado de su rechazo para la elevacion del hombre.

De esta sustitucion de lo nuevo á lo antiguo ved lo que debia resultar. El hombre habia imitado en su carne lo que él adoraba en sus dioses : él va á continuar imitando lo que adora, pero su Dios es cambiado. Los altares de Vénus impúdica y de Júpiter adúltero están por tierra; estos dioses de carne han caido con ellos, aplastados debajo de sus templos. Sobre las ruinas purificadas de aquellos templos derribados y de sus dioses pulverizados se eleva otro Dios, disponiéndose como los dioses antiguos á hacer á su imágen la humanidad que le adora.... La humanidad ha venido, ha fijado la vista en su Dios crucificado, azotado, golpeado, y delante de su imágen se ha prosternado hasta tierra en una adoracion ardiente y simpática; pero ¿qué digo? ha tomado en sus manos esta imágen adorada, la ha apretado sobre su corazon, y bañándola de lágrimas ha dicho : « O Dios del Calvario, « imprime sobre mí tu marca, y haz que en lo restante de mi vida « quede yo adornado de tus estigmas divinos cual piedras preciosas. »

Y cuando la humanidad se hubo levantado de esta prosternacion en la que habia adorado á su Dios azotado, se halló trasfigurada, y no era por cierto la trasfiguracion del Tabor, no, sino la trasfiguracion del Calvario. Pero la humanidad se veia en una luz enteramente nueva : ella sentia nacer en su corazon ambiciones que nunca habia conocido; ambicion de la flagelacion, ambicion de la coronacion de espinas, ambicion de la crucifixion, en una palabra ambicion de hacer su propia carne á la mayor semejanza de aquella carne adorada en su Dios crucificado.

Por lo demas, cuálquiera que fuere la razon definitiva de ello, lo

cierto es que es un hecho : el prodigio se ha verificado como lo atestigua claramente la historia. Por todas partes se ha encontrado en los siglos cristianos una humanidad armada de una santa crueldad contra su propia carne. Cualquiera habria dicho que el placer y el sufrimiento habian perdido repentinamente, el uno sus atractivos y el otro sus horrores; que el placer se habia hecho sufrimiento y el sufrimiento placer. A lo ménos es cierto que habian cambiado de puesto en la estima y en el amor de aquella nueva humanidad. Y aquella ambicion de la flagelacion y aquella pasion por la crucifixion no era, no, un ensueño de filosofia estóica, era un fuerte impulso de adoracion. No era tampoco un orgullo hipócrita que dice al dolor : « Tú no eres nada; yo te desprecio, porque tú no llegas sino á una carne que yo desdeño. » Era un amor sincero que decia al sufrimiento : « Yo te amo, porque tú me representas á Jesucristo á quien adoro. »

¿Y hasta dónde han llevado los santos esta ambicion de sufrir? ¿Hasta dónde ha llegado en sus rigores apasionados esta ambicion que armaba á los santos contra su propia carne? Aquí, Señores, si yo quisiera referiros solamente la historia austera de la vida de los santos, vosotros me opondriais tal vez la razon de lo imposible; y mi discurso para ser verdadero se veria obligado á no ser siquiera verosímil. Si yo os dijera lo que se han atrevido hacer contra sus cuerpos, no solo los mártires, sino tambien los anacoretas, los solitarios, los penitentes de todas las clases y condiciones, cien veces mas azotados y mas molidos por sus propias manos y por las invenciones de su amor de lo que lo eran los mártires por las manos de los verdugos y por las invenciones de la tiranía; si yo os mostrase en toda su verdad terrible el espectáculo de sus maceraciones, sus ayunos, sus vigiliass, sus cilicios, sus cadenas de hierro, sus disciplinas, y aquel vestido de heridas y de cicatrices con el que envolvian sus cuerpos ensangrentados; si yo pintara todo esto en su viva realidad, muchos hombres que se creen intrépidos, se espantarian como niños al oir estas relaciones y dirian : « No, la flaqueza humana no ha podido subir hasta allá. » Pero de todos modos hé aquí el hecho en su resumen verídico : los santos han agotado en su cuerpo la facultad de sufrir. Yo sé, me decia un médico célebre de esta capital, yo sé todo lo que la enfermedad puede acumular de dolores físicos en el cuerpo humano : pues bien, yo afirmo que